

ARAGON DESDE LA «CELDA» DE BECQUER

TOMADA como relación simple, nota escueta para entablar una conversación, diálogo desigual en el tiempo y en el espacio, o encauzada por vía artística y con vistas a la posterioridad, la carta ha sido siempre un documento.

Desde el punto de vista literario, nos interesa, caro está, aquella en la que se ha procurado hacer obra de arte. Y si las consideramos así, las cartas vienen a ser un puro monólogo que busca resonancia universal sin esperar una respuesta. Testigos de momentos especiales que un autor no quiere que permanezcan en la sombra. El fruto de una soledad no poblada de voces inoportunas.

No podemos negar el carácter subjetivo de algunas cartas que con su cantidad de sentimiento encierran un profundo y prolongado lirismo; lirismo de épocas ricas en personalidades caudalosas de interioridad que están en perpetuo desequilibrio con su tiempo.

En el descubrir anímico, el Romanticismo busca lo más suave, el sentimiento puro, lejos del análisis detallista y científico de la literatura contemporánea.

Toda la época romántica española es abundante en literatura de expansión personal, pero, si de género epistolar se trata, lo más poético de la confidencia y del secreto íntimo, con todo lo que pueda haber en ello de tópico, lo encontraremos en Bécquer a través de sus cartas y de su obra toda.

Hay en las cartas *Desde mi celda*¹, escritas en el aislamiento aragonés de Veruela, una riqueza temática extraordinaria y un proceso evolutivo de la personalidad del poeta sevillano, influido por el ambiente, que le transforma en receptor de nuevas ideas poéticas.

No resulta fácil buscar un escenario naturalista exterior, claro y bien definido, en un escritor romántico, a pesar de que abusa de detalles descriptivos, porque, en su afán desmaterializador, hace que todos los paisajes de acuerdo con el temperamento propio se parezcan. No obstante, el ambiente aragonés que respiró Bécquer, se impuso por la fuerza y calidad espiritual de que está dotado al poeta que quería captarlo.

Nueve cartas escribió, formando un cuerpo, Gustavo Adolfo. Podríamos añadir, aunque por revelar nada más que un momento de desequilibrio no ofrezca grandes sugerencias, una décima carta, publicada suelta, escrita probablemente después de la primera. La titula *Desde mi celda (carta literaria)* ². De las nueve cartas, la primera viene a describir un itinerario que arranca desde la partida del poeta de Madrid hasta su llegada al Monasterio del Moncayo. Las últimas cartas recogen ambientes oscuros que inclinan fatalmente a lo repulsivo; lo trágico de la superstición de algunos pueblos de la montaña (c. 6.^a); leyendas infernales de trasgos y brujas (c. 7.^a); la conmoción mágica de los espíritus que habitan en las entrañas de la tierra (c. 8.^a), y la historia devota, como surgida de algún texto mariano medieval, luminosa, ingenua, que relata la aparición de la Virgen de Veruela (c. 9.^a).

Pero entre lo anecdótico y lo típico hay lo puramente lírico de unas cartas que superan el dato. La segunda epístola abre caminos y sugerencias.

Nos place recordar detalles. Bécquer, periodista, acaba de recibir *El Contemporáneo*, de Madrid. De pronto, «las sombras de los montes bajan a la carretera y se extienden por la llanura». «Ya es imposible seguir leyendo». «La imaginación ligera y diáfana se mece y flota al rumor del agua que la arrulla». Hay en las circunstancias una preparación para recibir la gracia poética.

Como en el caso de la noche y la oscuridad de los místicos, y de una quietud interior presta a la luz, nos imaginamos a Bécquer en la lentitud de una espera en la que surge la llamada.

Hay una sola campana en Veruela. Toca a la oración de la tarde y «una cerca y otra lejos, éstas con vibración metálica y aguda, aquéllas con un tañido sordo y triste, les responden las campanas del Somontano»... «Parece una armonía que a la vez baja del cielo y sube de la tierra y se confunde y flota en el espacio». La sensación de equilibrio total del mundo que rodea a Bécquer acaba por atraer el espíritu del poeta hacia el concierto cósmico. La armonía ha penetrado en él, y, con ella, la poesía divina, intuición de lo alto que diluye las contingencias de lo puramente accidental: «Todo se ha ahogado en aquella música divina» y «mi alma está tan serena como el agua inmóvil y profunda».

Existe en la segunda carta la fusión de lo poético con lo religioso. El escritor poeta, así, será la criatura que hace sensible en forma de imágenes a los mortales todo lo divino que liberta de la miseria dolorosa de la vida.

Intuídas las cosas superiores, la lectura de un periódico cualquiera que resume paradojas, hipocresías, vértigo de gran ciudad, nos parecería a nosotros como a Bécquer al volver, con luz, a leer *El Contemporáneo*, que «está escrito en un idioma que no entiendo».

Por esta manera platónica de inspiración divina, por la fuerza misteriosa que corre por la carta segunda, encontramos junto a Bécquer a los poetas más distintos en época y nacionalidad. Conocía nuestro romántico a los líricos sevillanos de la época áurea. Sin duda había leído a fray Luis de León, de formación intelectual idealista. No obstante, por adivinación, porque los poetas, como intérpretes divinos, captan lo íntimo de las cosas, Bécquer nos presenta un momento de infusión poético-mística por la música como la «Oda a Salinas» de fray Luis. Nos dice, en esta composición, el vate salmatino: Todo el aire se serena por la música que hace recobrar al alma la memoria de su origen sobrenatural. La melodía traspasa el aire hasta llegar a Dios que pulsa la cítara del universo. La música celestial acaba por confundirse con la terrena en una armonía en la que, para fray Luis, «al bien divino despiertan los sentidos—quedando los demás amortecidos». Así, Bécquer, en prosa, en un estilo que quiere ser llano y puramente descriptivo, es el auténtico poeta que escucha la Voz que llama a su alma, parte de la divinidad a unirse con su Centro para que exista así la perfecta armonía universal que se traduce en música, lenguaje de un mundo superior, para expresar el cual no existen palabras, como dice Dante.

El sentido musical, como nacido de un mundo superior, y la armonía cósmica que impregna la obra becqueriana, nos hacen pensar en otro gran poeta intelectualista, el alemán Hölderlin, quien, en perpetua inquietud y ansia de infinito, observa la maravillosa sinfonía del mundo que le hace decir: «Melodías, melodías que voláis aleteando por el infinito, hacia vosotras quisiera elevarme». Intuición de una felicidad que la tierra niega, hecha de depuración, de belleza, de espíritus que cantan en Bécquer. Ansiedad de paz y equilibrio interior en fray Luis de León. Violencia por deseo de sobrenaturalidad en Hölderlin, que parece haber tenido una visión de la grandeza del más allá, aunque se pierda, a veces, por senderos pagano-cósmicos. Todos estos anhelos unidos por la interpretación especial de la Suprema Armonía nos sugiere la carta segunda. Huye de lo concreto y próximo y busca lo lejano y misterioso el romántico. A éste dos factores le inquietan: el sentido amoroso y el misterio de la muerte. También Bécquer se preocupa por la muerte y la inmortalidad.

¡Qué estudio tan delicado y penetrante nos presenta, en la tercera carta, de la idea de la desaparición y supervivencia humanas! No son etapas de la vida del poeta las que hacen tener a Bécquer cambios en sus puntos de vista; son verdaderas posiciones estéticas, clásicas y románticas que reaccionan, de acuerdo con el tiempo, de maneras distintas.

Contempla el poeta un pequeño cementerio de aldea y medita.

Así, nos habla de su evolución sentimental y estética sobre la muerte. «Cuando yo me juzgaba poeta y mi imaginación estaba llena de estas risueñas fábulas del mundo clásico». «Y soñaba una vida independiente y dichosa, semejante a la del pájaro que nace para cantar, y Dios le procura de comer». «Soñaba que la ciudad que me vió nacer se enorgulleciese con mi nombre» «y cuando la muerte pusiera un término a mi existencia me colocasen»... «a la orilla del Betis». «Algún desconocido admirador de mis versos plantaría un laurel que... hablase a todos de mi gloria». Serenidad, estatismo, escenografía, vivir por la fama: posición clásica.

Fuera de Sevilla, visitas arqueológicas, afición por la historia, choques cotidianos. Pasamos de lo clásico a lo romántico: «las dramáticas escenas de la Historia» vestían su imaginación. Las visitas continuadas a los claustros de las abadías, con sus tumbas, y la expresión de sus estatuas influyen en él que ha «vuelto a sentir inflamada mi alma con la idea de la gloria, pero una gloria más ruidosa y más ardiente que la del poeta. Yo hubiera querido ser un rayo de la guerra».

El hombre latino, nos dice R. de Maeztu, se resiste a la idea de la muerte por lo que lleva de desaparición y destrucción y busca la supervivencia entre los mortales.

Para el romántico la muerte se presenta como un misterio animado y espectacular, donde la imaginación, sin trabas, puede recorrer un mundo macabro dotado de corporeidad en el que cada individuo se mueve espiritualmente como en la vida ordinaria. Falta en el romanticismo una idea más profunda y equilibrada de la muerte. El mundo de los vivos y de los muertos vive una marcha electrizada por el misterio de algo que no se puede comprender. Las estatuas de los sepulcros duermen. La palabra silencio tiene un alcance especial como voz y representación artística de un mundo de ultratumba. Expresivismo, dinamicidad, imaginación, misterio: Romanticismo.

Después de las consideraciones anotadas, parece que resuena en Bécquer la armonía de las campanas de Veruela y las del Somontano. ¿Qué ha sentido el gran poeta en un cementerio de aldea, para que después de pensar en su propia exaltación terrena nos diga: «Las palabras amor, gloria y poesía no me resuenan al oído como me sonaban antes»? Ya quiere vivir «oscuro y dichoso en cuanto es posible, sin deseos, sin inquietudes, sin ambiciones», porque «cada día voy creyendo más que de lo que vale...: no ha de quedar ni un átomo aquí». Influencia religiosa y desemboque de la exageración al equilibrio y sencillez aragoneses.

La arqueología, el folklore y el pintoresquismo inspiran las epísto-

las cuarta y quinta. La primera de las dos es un verdadero tratado de historia romántica y comprensiva y llena de alientos.

Va recorriendo los alrededores del monasterio. Impresionado por las huellas de un pasado glorioso—monumentos, leyendas—, busca retenerlas. A unos, los dibuja. A las otras, las anota. Siente la grandeza nacional y se lamenta de que nuestro pasado, ejecutoria y magisterio, se pierda por abandono y desinterés de los sabios que se entretienen en estudiar civilizaciones exóticas y temas raros.

Exalta el pasado ilustre que no se puede despreciar, aunque cada tiempo exija lo suyo. La mole toda de la historia española surge en emotivas líneas contemplando los castillos aragoneses.

Como desgajado de lo histórico (c. 5.^a) hay lo brioso y fuerte de algunos tipos montañeses femeninos que son las leñadoras de Añón.

Cuando a la descripción de las añoneras llegamos, no podemos menos que sonreír imaginando a Bécquer, todo delicadeza, todo finura, enfrentándose, cuaderno de notas en la mano, con un si es no es de timidez, con alguna de las resueltas y bellas leñadoras en el bullicioso mercado de Tarazona.

Así, de la observación y del diálogo, sale una vida de lucha heroica femenina, de sinfonías de destrales que cortan en la noche, cuando el guarda no vigiló el bosque, los troncos para vender, muchas veces soportando valientemente en el más crudo invierno el manto de nieve que las cubre. Las largas caminatas para vender su leña y la miseria de las ventas. Todo llevado con alegría y cantando. Al comparar la fortaleza moral de estas mujeres con la molicie de las damas de la corte surge la admiración por los tipos que derrochan energía.

Otra vez sopla para el poeta el aire de la reflexión y serenidad: «inmensas desigualdades existentes, pero es cierto que todas tienen su compensación». A pesar de la vida cómoda de las grandes señoras, Bécquer ha «visto más de una altiva frente inclinarse triste y sin color como agobiada bajo el peso de una espléndida diadema». ¡Cuántas sugerencias nos irían dando las cartas *Desde mi celda!*

Dos de los amigos de Bécquer, entre ellos Julio Nombela, dicen que de todos los autores que leyó nuestro poeta en su adolescencia triunfaron en él Horacio y Zorrilla. ¿Despertaba Horacio para Bécquer con su serenidad clásica en una tierra abonada, que dió tratadistas y poetas que oponían claridad y sencillez en épocas contorsionadas?

En el prólogo de la segunda edición de *Figuras Aragonesas* (1926), de don Ricardo del Arco, hay una carta, brevísima, de Azorín en la que nos dice: «Hay una elegancia netamente aragonesa hecha de simplicidad, de sencillez y de énfasis».

El Aragón que ha respirado Bécquer, el que le ha hecho evolucionar sentimentalmente en el círculo estrecho que circunda el monasterio de Veruela, es, por un lado, el místico y guerrero, y, por otro, el horaciano, hecho de placidez campestre: el mismo que en la soledad y meditación le ha dado maravillosas ideas de sobrenaturalidad y la poesía de las actitudes heroicas, serenas y reflexivas.

DOLORES CABRÉ

1. Pueden leerse en sus *Obras completas* (Madrid, M. Aguilar, 1946), pág. 489-624.
2. *Op. cit.*, pág. 987.